

## En recuerdo de E. M. Cioran (1911-1995): El adiós a la Filosofía

«Quisiera que, a mi muerte, fantasmas de ángeles caídos entonaran plañideros cánticos con fragmentos de melodías recopiladas en mi corazón, un corazón afinado desde su nacimiento para acompañar su coro».

*El caso del pensamiento*, p. 101.

El 20 de junio de 1995, un portavoz de la Editorial Gallimard daba la noticia: «Emil M. Cioran ha fallecido en el día de hoy, 20 de junio, en París». El pensador rumano-francés, apátrida, pobre y solitario fallecía a los ochenta y cuatro años. Los medios de comunicación se encargaron de recoger la noticia y expandirla por las ondas. Los periódicos, en los días siguientes, se apresuraron a homenajear y a glosar su figura. Paradoja de la vida, Cioran que había sido siempre reacio a cualquier homenaje, a premios —sólo aceptó uno en su vida—, o a cualquier pompa de la cultura oficial, se encuentra ahora encumbrado, sin que pueda impedirlo, en las cimas del papel-periódico por mor y arte de más de doce plumas.

Su obra, unos quince libros, ha sido leída fuera de las aulas de las universidades y fuera de los círculos escolares. No ha habido, que

yo sepa, un programa sobre el pensamiento actual europeo en el que se le incluyera. Comienza a ser conocido en España hacia 1972. Fernando Savater introduce a Cioran en este país con la obra *Breviario de podredumbre*. Un año más tarde el mismo F. Savater publica su tesis doctoral, *Ensayo sobre Cioran*, y la traducción de *La tentación de existir*. Las tres obras publicadas en la Editorial Taurus.

E. M. Cioran nace en Ranisari (Transilvania) en 1911. En 1932 obtiene la licenciatura de Filosofía con un estudio sobre Bergson. Al año siguiente publica su primer libro polémico *En las cimas de la desesperación*. Se traslada a París en 1937 como becario. No dejará de serlo hasta que cumple los cuarenta años. Viajero incansable, conversador empedernido, pensador lúcido, independiente e insobornable, poeta, de mirada penetrante, crítico e irónico, pesimista y nostálgico. Cioran es la verdadera figura del Diógenes postmoderno. Lector asiduo de Schopenhauer, Nietzsche, Pascal, Kierkegaard, Dostoievski, Joseph de Maistre, Baudelaire, Paul Valéry, Michaux, Mircea Eliade, Beckett, Borges. En esos años, hasta el 1947, escribe en rumano los libros *De lágrimas y de santos*; *El ocaso del pensamiento*; *Breviario de los vencidos*. Desde 1947 escribe en francés toda su obra siguiente, idioma que domina con precisión, de modo que se convierte en «uno de los más grandes escritores franceses desde la muerte de Paul Valéry», según la expresión de Saint-John Perse. Él mismo dirá: «Cambiar de idioma, para un escritor, es como escribir una carta de amor con un diccionario» (*Ese maldito yo*, p. 53). La Academia Francesa le nombra, junto con otro rumano, Eugéne Ionesco, miembro de honor de la Unión de Escritores de Rumania.

Su obra, casi toda, ha sido traducida al castellano por las Editoriales Taurus, Tusquets y Montesinos con los títulos siguientes: *El ocaso del pensamiento*; *Breviario de podredumbre*; *La tentación de existir*; *El aciago demiurgo*; *Del inconveniente de haber nacido*; *De lágrimas y de santos*; *Historia y utopía*; *Silogismos de amargura*; *Desgarradura*; *En las cimas de la desesperación*; *Ejercicios de admiración y otros textos*; *La caída en el tiempo*; *Ese maldito yo*.

Lo primero que llama la atención en E. M. Cioran es la independencia de su pensamiento, fuera de las modas y de los modos:

«Los grandes sistemas no son en el fondo más que brillantes tautologías» (*Breviario de podredumbre*, p. 66). Su pensamiento, «pensamientos fugitivos», es fragmentario —es el fragmento lo que predomina en su obra— y refractario a todo lo que sea sistema. No podemos «enlatar» el pensamiento dentro un sistema. ¿Por qué son necesarios los sistemas? «Los sistemas son sutiles desplazamientos de sentido que no nos llevan muy lejos». Cioran prefiere la improvisación pensada, la reflexión, la inspiración, y casi siempre la interrogación. Lo cual produce en el lector la duda, la zozobra, la sonrisa-mueca que cambia el rictus de la cara. En suma, una filosofía sin programa, pero con problemas.

Muchos de sus pensamientos de juventud han permanecido inalterables a lo largo de su vida. Otras veces, los pensamientos nacen sueltos, especialmente en la última época, como si fueran bocetos, apuntes, para un desarrollo posterior, nunca concluido. Su producción literaria —seduce y cautiva— es como la filmación de sus vivencias más íntimas, de sus estados más profundos de ánimo, de modo que su pensamiento no es el producto sistemático, lógico y razonado que hace abstracción de sus circunstancias, sino que es un pensamiento encubierto, mucho más que manifestado por el esplendor del lenguaje, «demiurgia verbal» lo llama. Su condición de filósofo-poeta determina que su pensamiento esté mediatizado por la forma y el lenguaje: «El conocimiento es un derroche de palabras». «El papel del pensador es inventar ideas poéticas» (*El ocaso del pensamiento*, p. 280). Sus obras, por tanto, no son tratados filosóficos, aunque hace filosofía. Dice lo que piensa en el mismo momento que lo piensa: «El papel del pensador es retorcer la vida por todos sus lados, proyectar sus facetas en todos sus matices, volver incesantemente sobre todos sus entresijos, recorrer de arriba abajo sus senderos, mirar una y mil veces el mismo aspecto, descubrir *lo nuevo* sólo en aquello que no haya visto con claridad, pasar los mismos temas por todos los miembros, haciendo que los pensamientos se mezclen con el cuerpo, y así hacer jirones la vida pensando hasta el final» (*El ocaso del pensamiento*, p. 39). Distinto de cualquier otro filósofo, se caracterizó más por sus negaciones que por sus afirmaciones. «Mi tempera-

mento es tal que en él la negación siempre ha sido más fuerte que la afirmación»; «Negar: no hay nada como eso para emancipar el espíritu» (*La tentación de existir*, p. 189).

Contemporáneo de Sartre y de Camus, ni su obra ni su pensamiento obedecen a los cánones existencialistas. Su pensamiento va contra la corriente, muy cercano a la marginación. «Lo que Beckett o Ionesco intentaron en la creación poética, Cioran lo ha realizado en el ámbito del pensamiento puro» dice Ricardo Gullón en *Cuadernos para el diálogo*, julio 1972, p. 79. Filósofo nihilista neonietzscheano ha tocado y atacado los temas del mal y del sufrimiento, del fracaso y la desesperanza, de la soledad y la tristeza, del hastío y el suicidio, de la nostalgia y del tiempo, de Dios y del demonio, del hombre y del amor, del misticismo y de la santidad, del escepticismo y de la negación, de la inutilidad y del vacío, de la vida y de la muerte. Adversario acérrimo de San Pablo (*Tentación de existir*, pp. 153-157), es admirador profundo de Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. (*Breviario de podredumbre*, pp. 141-150). E. M. Cioran es el hombre de la duda, de la fina ironía, que hizo del pesimismo y la melancolía el método de análisis de la realidad. Como anteriormente Nietzsche, su filósofo de cabecera, Cioran pasa por el tamiz de su ironía y de su crítica corrosiva, o si se quiere de su lucidez amarga, todo aquello que se ha tomado como «verdades eternas», o como «mitos» a los que los humanos se aferran: la religión, la historia, el alma, la vida y la muerte, la filosofía y la economía, el pensamiento y la verdad, la civilización y el progreso... El resultado de ello es un cúmulo de podredumbre, de desgarraduras, de aciagos demiurgos, de oca- sos, de decepciones, de irrisoriedad, de exasperaciones, de desilusiones, de nefastas clarividencias, de decadencia. ¿De inanidad? La inanidad conduce al vacío, a la anulación, a la ausencia de fundamento, no hay futuro con ella. «Las frases amargas emanan de una sensibilidad ulcerada de una delicadeza maltrecha... Toda amargura esconde una venganza y se traduce en un sistema: el pesimismo, esa crueldad de los vencidos que no pueden perdonar al mundo el haber traicionado su espera» (*Breviario de podredumbre*). «Un hombre que practica toda su vida la lucidez, se convierte en un clásico de la desesperan-

za» (*El ocaso del pensamiento*, p. 42). Fernando Savater apunta certeramente cuando dice: «Lo que Cioran dice es lo que todo hombre piensa en un momento de su vida, al menos en uno, cuando reflexiona sobre las Grandes Voces que sustentan y posibilitan su existencia» (*Breviario de podredumbre*, p. 11).

Como tres siglos antes La Rochefoucauld y después el mismo Nietzsche, Cioran, moralista desilusionado, ha dejado parte de su obra edificada sobre luminosos, precisos aforismos. Es su expresión literaria y su método. Por medio del aforismo se permite la formulación breve y audaz de lo que quiere decir sin presentar pruebas. Octavio Paz dice de él que fue un cincelador de cenotafios y un poeta del arte más difícil: el epitafio. Léase si no *El ocaso del pensamiento*, *Silogismos de la amargura*, *Del inconveniente de haber nacido*, *Ese maldito yo*.

«He tenido el destino que he deseado. Durante toda mi vida he estado obsesionado por la libertad y la independencia, y las he conseguido», manifestaba a Gabriel Liceanu. La literatura funcionó en él como un pretexto, porque el acto de escribir, el acto de expresar sus pensamientos, suponían un ejercicio terapéutico que le evitaba la depresión, la locura. Pero como a todo obseso hasta la misma expresión, o palabra escrita llegan a cansarle. «Estar cansado no solamente de lo que he deseado sino de lo que hubiera podido desear. De todo deseo posible de realidad», escribía en uno de sus aforismos. De ahí que en los últimos años de su vida se haya negado —un acto más de negación— a escribir una sola línea más. «En cuanto a mí, he calumniado bastante al universo». «No he hecho más que escribir el mismo libro, siempre sobre las mismas obsesiones, es porque constaté que de alguna manera me libraba de ellas», declaraba a Liceanu.

«Es muy evidente que soy un filósofo, pero es justo decir que mi despertar a la conciencia ha coincidido con el culto fanático a la filosofía». Unas líneas más arriba había confesado en la Carta-Prefacio de *Ensayo sobre Cioran*, de Fernando Savater: «Todo lo que he descrito es el fruto de circunstancias, de azares, de conversaciones, de rumias nocturnas, de crisis de abatimiento, de obsesiones intolerables. Mi estado de salud, afortunadamente malo, es en gran parte

responsable de la dirección, del color, de mis pensamientos. He comenzado a ser "yo" gracias al insomnio, a esa catástrofe a la que le debo todo y que ha marcado tan profundamente mi juventud. Si he percibido ciertas cosas en este mundo, es porque tuve la suerte de no poder dormir...». En *Breviario de podredumbre*, p. 180, hace una invocación al insomnio: «Los análisis del insomnio deshacen las certezas».

«Sin duda alguna, escribe José I. Nájera en *Estudios Filosóficos*, vol. 31, 1982, p. 144, la obra de Cioran es uno de los testimonios más claros de lo que es la contradicción humana. Ella misma parte de la contradicción: todo ese derroche de bellas palabras que emplea para proponer que no hay nada que proponer».

JUSTINO LÓPEZ SANTAMARÍA